

*ricos*, y dice *todos los ricos*; y esto le perjudicó mucho por la regla que acabo de dar : quien dice todos los *ricos*, los comprende á todos, y en la menor solo se hablaba de algunos : luego resulta mas amplia la conclusion que la menor, y ya no puede caber dentro, y por lo mismo tampoco puede nacer de ella.

SILV. — No digais mas, que está clarísimo, solo falta saber si Eugenio se acuerda de las señales por donde se conoce que un término está distribuido, ó se toma generalmente.

EUG. — Cuando tiene antes de sí la palabra *todo*, *ninguno* ó *cualquiera*.

TEOD. — Y tambien cuando el término está negado y excluido, teniendo antes de sí la palabra *no*; porque quien niega y excluye un término, excluye todos sus individuos absolutamente.

EUG. — Ya me dijisteis eso, y habeis hecho bien en acordármelo otra vez. Vamos á la otra señal que deciais.

TEOD. — Muchas veces os he dicho que para que el discurso sea bueno es menester que haya una regla general, que debe aplicarse al sugeto de la conclusion. Para esto, pues, conviene que un mismo término vaya en ambas premisas, y á este término llamamos *medio*. Digo ahora : *todas las veces que el medio en ninguna premisa se toma generalmente es el discurso malo* (proposicion noventa y ocho). La razon es, porque en este caso puedo en una premisa tomarlo por unos sugetos, y en otra por otros, y así no sale una premisa bien esplicada por la otra.

Con ejemplos me esplicaré mejor. Digo así : escribid ahí, Eugenio.

*Todo avariento es vicioso :*

*Todo pródigo es vicioso ;*

*Todo pródigo es avariento.*

Este discurso no es bueno, porque el *medio* es la palabra *vicioso*, y no se toma generalmente en la primera ni en la segunda. En la primera se habla de unos viciosos que guardan el dinero como reliquia : en la menor se habla de otros viciosos muy diversos que lo desparraman como arena ; así no se unen estas proposiciones, ni es esplicacion la una de la otra. Aunque ambas lleven la palabra *todo*, esto solo tiene virtud para hacer tomar generalmente el sugeto ; pero no llega su virtud al predicado. Pondré otro discurso, cuya distribucion llegue al predicado, y vereis como sale bueno. Digo así :

*Ningun santo es vicioso :*

*Todo pródigo es vicioso ;*

*Luego ningun pródigo es santo.*

Este concluye bien, porque en la mayor se habla de todos los viciosos, y por consiguiente tambien los pródigos se comprenden allí. Si lo entendeis bien pasemos á otra cosa.

EUG. — Si lo entiendo : estad sin cuidado <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase la nota VII al fin del tomo.

## § III.

De los sofismas que son viciosos en el fundamento.

TEOD. — En cualquier materia son muchos los errores, y la verdad una sola; y esta es la propiedad de los extravíos, que son muchos en un solo camino derecho. Por tanto conviene ir poco á poco descubriendo los principios de los extravíos y peligros que puede tener el que anda en busca de la verdad. Y porque el buen discurso, segun lo que está dicho, consiste en una regla general bien explicada, de donde se saca la consecuencia, pueden todos los extravíos de la verdad y vicios del discurso reducirse á tres clases; porque unos flaquean en el fundamento ó en la regla general, otros en la aplicación, y otros en la mala ilación de la consecuencia. Y comenzando por la primera clase de los discursos viciosos que pecan en el fundamento, aquí pertenecen los que se fundan en las máximas erradas á causa de las *preocupaciones ó juicios anticipados*, de los cuales ya hablé al principio de esta lógica. Discurso fundado en máxima errada, ó sea de la autoridad ó de los sentidos, ó de la costumbre, etc., ya se ve que es vicioso en el fundamento. También pertenecen aquí *los que toman por fundamento del discurso aquello que debia ser fin de él.*

SILV. — En las escuelas llamamos á eso *petere*

*principium*, cosa que Aristóteles reprende agriamente, de suerte que de ningun modo ha de suponer un hombre como fundamento de su discurso aquello mismo que va á probar; porque si yo lo voy á probar, es cierto que aun se duda de su verdad; y dudándose de ella, ¿cómo puede ser fundamento de un buen discurso?

TEOD. — Decís muy bien, y yo solo tengo que apuntar ejemplos. Y ya que habeis nombrado á Aristóteles, sirva de ejemplo un discurso malo que Galileo notó en él. Perdonad, Silvio, este sacrilegio.

SILV. — ¡Notar Galileo errores en Aristóteles, en el maestro de todo el mundo, y que enseñó á discurrir á todo el género humano; es grande atrevimiento! ¿Quién le dijera á Aristóteles que Galileo habia de notar yerros en sus discursos? Nunca tal cosa le pasó por el pensamiento.

TEOD. — Lo que de ahí se sigue es, que Aristóteles no era profeta, y que no adivinaba futuros: dejémonos de eso. Él, para probar que la tierra está en el centro del universo, hace este discurso: *En todas las cosas graves hay inclinacion hácia el centro del mundo, y como por esperiencia sabemos que todas las cosas pesadas se inclinan hácia el centro de la tierra; síguese que el centro de la tierra es el mismo centro del mundo ó del universo, y por consiguiente el globo de la tierra está en el medio del mundo.*

SILV. — ¿Y qué malo es ese discurso?

TEOD. — Supone como fundamento que los cuerpos graves se inclinan al centro del universo, y es-

to es lo mismo que él pretende probar, y de lo que dudan todos. Los que dijeron con Copérnico, Descartes, Newton, y otros que la tierra es un planeta, y que el sol está, como ya os expliqué, en el centro del universo, ó de este sistema planetario á que pertenecemos, en eso mismo niegan que los cuerpos graves se inclinan hácia el centro del universo. Yo no digo que Aristóteles supone como fundamento del discurso la misma conclusion claramente, sino que supone la misma conclusion disfrazada, siendo esta tan incierta y dudosa como aquel, pues el que los cuerpos graves se inclinan hácia el centro de la tierra es cierto: ahora ser centro del universo ese punto hácia donde inclinan los graves es cosa inciertísima, y que han de negar todos los que no conceden que la tierra esté en ese centro del universo.

SILV. — Como el fin de estas conferencias no es el vindicar la honra de Aristóteles, yo callo. Pero sabed que ahí habia mucho que decir.

TEOD. — Quede, pues, en vuestra memoria esta cautela, Eugenio: *un discurso no debe tomar por fundamento aquello mismo de que se duda, y que se intenta demostrar* (proposicion noventa y nueve).

EUG. — Ya voy notando todos esos riesgos de errar, como el piloto en la carta de marear nota todos los escollos y bajíos en que vió peligrar á otros.

TEOD. — Aun hay aquí otro riesgo, y viene á ser suprimir la máxima del discurso, no siendo ella muy evidente. Algunos genios fogosos é impacientes en vez de espresar la regla general del discurso

en que se fundan la suprimen, y suprimida ella no se descubre tanto su incertidumbre ó falsedad como si estuviera espresa; y así pasa sin ser registrada, y lleva el error encubierto, sin que nosotros lo conozcamos. Con los ejemplos me explicaré mejor. Si preguntan á un peripatético si sobre la region del aire hay region del fuego, responde sin detenerse que sí; y queriendo dar la razon, dice: *así lo dice toda la escuela peripatética con su príncipe Aristóteles*, con lo cual queda muy satisfecho: suprimiendo la regla general ó fundamento de este discurso, que es esta: *todo cuanto dice la escuela peripatética con su príncipe es verdad*. Muy poco pues ha de ver quien no conozca que esta regla general es falsa; y si alguno la espresase claramente en el discurso, desde luego manifestaria su passion, ceguera ó ligereza; pero como se suprime pasa insensiblemente y á lo lejos, y ninguno hace madura reflexion sobre ella, ni se examina, y así sale falso el discurso.

SILV. — ¿Y quien os dijo que es falso?

TEOD. — Por ahora me basta que haya riesgo de que lo sea, pues sobre su verdad ya hablamos cuando hemos tratado de la region del fuego; ahora solo se tocó para poner ejemplo. Pero si vos cuando en prueba de alguna cosa alegáreis á Aristóteles, pusiéreis espresamente esta máxima: *todo cuanto Aristóteles dice es verdad*, todos se reirian de vos, y mucho mas los que tengan noticia de lo mucho en que erró, como hombre que era.

SILV. — De ese mismo modo discurren muchos

cuando dan por fundamento de cualquier asercion el testimonio de otros.

TEOD. — No lo niego ; pero si ese testigo es tal que pueda sostener el peso de esta regla general, *lo que fulano dice es verdad*, saldrá bueno el discurso ; pero si prudentemente no puede proferirse esta proposicion, ya el discurso será debil y sin fundamento. Y de paso os quiero advertir, Eugenio, lo que muchos buenos críticos advierten que conviene atender á las circunstancias que dan peso á la autoridad, para ver si puede ó no ser fundamento del discurso. Algunos dicen, este voto es de este príncipe, ó de aquel grande general, ó de aquel letrado. Resta saber si la materia de que se habla es tal, que las circunstancias sean propias de esos sujetos para dar peso á su parecer. Si es en materia de guerra mas crédito merece el voto de un buen general : si es de política mas fuerza tiene el de un príncipe : si es de esta ó de aquella materia perteneciente á los estudios de un abogado, sus estudios dan peso á su voto. Pero de ordinario confundimos esto, y si un hombre hace en el mundo figura respetable, á todo da peso su autoridad, no debiendo ser así. Estaba yo pocos dias há en una conversacion, en que se alababa mucho á cierto orador que en tiempos pasados habia florecido en la corte, y el que lo alababa solamente daba por prueba de su dicho el que habia predicado con grande aceptacion de la corte : respondió un crítico diciendo : *Puede ser que en ese tiempo la corte entendiase bien poco de elocuencia*. Todos se sonrieron, y no se habló mas en el asunto. Si él dijera que los profesores de

la elocuencia, y los que habian hecho estudio por buenos libros sobre el arte de persuadir, todos lo aprobaban, entonces discurriria bien, suponiendo por fundamento de su discurso esta regla : *Lo que uniformemente aprueban en materia de elocuencia los profesores, ó los que seriamente la estudian por buenos libros, es bueno*. Pero el que un sermon sea aprobado por un príncipe, ó por un general, ó por un jurista, si no consta que estos tengan en la materia ó estudio ó buen gusto, nada hace para que se juzgue que es bueno.

EUG. — En eso solemos caer todos con bastante frecuencia si no tenemos mucha cautela.

TEOD. — Pues si las caidas son frecuentes debeis con mas razon precaveros ; y así tomad de memoria este axioma : *No se debe suprimir en el discurso proposicion que no sea muy evidente* (proposicion ciento). Y la razon de este axioma es manifiesta, porque espresándose la proposicion, se pone á la vista, y fácilmente se conoce su falsedad ; y suprimiéndose pasa por alto y á lo lejos, y no se repara en ella, y la dejamos correr como verdadera, siendo á veces falsísima.

EUG. — No os molesteis, que quedo bien advertido.

TEOD. — Otro riesgo hay de suponer insensiblemente proposiciones falsas para fundamento del discurso, y sucede principalmente cuando la persona, en cuya autoridad nos apoyamos, habla con gracia, y suavemente se insinúa en los corazones de los que le oyen, porque insensiblemente asienten todos á esta máxima rebozada, *lo que este hombre dice es*

*verdad*; y por eso los maestros del arte de persuadir enseñan no solo á poner cuidado en la sustancia de los argumentos que prueben la verdad, sino tambien en todos los modos con que insensiblemente va cada cual introduciéndose en el corazon de quien le escucha, á fin de cautivarle el entendimiento despues de haberse hecho dueño de su corazon. Ved aquí porqué tienen hecho tanto daño los discursos del desgraciado *Voltaire*, infelicísimo hombre, que habiendo recibido de Dios un rarísimo y singular ingenio, todo lo ha empleado contra Dios y contra la religion, suavizando con tal dulzura y gracia el veneno de sus falsos discursos, que quien los lee se deja poco á poco persuadir sin advertirlo. Al mismo tiempo que si eso mismo que él dice se dijese secamente y sin el atractivo de su arte de hablar, ninguno se dejaria convencer. Por eso hallo que habló con propiedad cierto curioso, que acabando de leer un poema suyo sobre la religion natural y su *Optimismo*, se esplicó en frances de este modo: *C'est un demon éloquent celui qui parle*: un demonio elocuente es el que aquí habla. Por tanto oid con gran cautela, Eugenio, á aquellos que hablan con gracia y frases agradables, porque la misma amenidad de estilo hace que insensiblemente asintamos á esta regla: *lo que este hombre dice es verdad*. Y sino pregunto: una cosa dicha en verso elegantísimo con mucha energía y elegancia, ¿es mas verdadera que si se dijese sencilla y secamente?

EUG. — Ciertamente que no: mas agradable sí, pero no mas verdadera.

TEOD. — Luego nosotros para tomar por funda-

mento de nuestro discurso el dicho de un autor, no debemos hacer caso alguno de su gracia, de la elegancia de sus versos, ó de la amenidad de su estilo; y por eso cuando el autor tuviere estas circunstancias debemos guardarnos mucho mas, y nunca suponer espresa ni tácitamente esta regla general, *lo que dice este grande hombre es verdad*, porque puede la amenidad de este estilo encubrir mucha malicia.

EUG. — Quedo advertido de eso.

TEOD. — Poned, pues, firme en vuestra memoria el otro axioma: *Cuando los discursos son amenos y muy elegantes se debe poner mas cuidado en el examen de sus proposiciones, porque hay mas riesgo de que esté oculto el engaño* (proposicion ciento y una).

EUG. — Nunca me habeis dado axioma mas preciso ni mas importante.

#### § IV.

De los discursos defectuosos por la mala aplicacion.

TEOD. — Siguen los discursos que teniendo fundamento cierto pecan en la mala aplicacion, que de estos tambien encontramos muchos en la práctica. Supongamos que en el paseo os encontrais con un caballero á quien os quitais el sombrero, ó haceis algun cumplimento, y que él no os corresponde; quedais abrasado, y decís para con vos: *este hom-*

*bre es indigno de vivir entre gente civilizada. ¿No es así?*

EUG. — Así es, y creo que diciendo eso no le haría injuria.

TEOD. — Sí, hariais tal, ni teneis motivo para condenarle de esa suerte. Vos cuando le condenais en el tribunal de vuestro entendimiento formais este discurso : *Todo soberbio es desatento é indigno de vivir entre gente civilizada : este hombre es soberbio y desatento ; luego es indigno de vivir entre gente civilizada.*

EUG. — ¿Y qué malo es ese discurso?

TEOD. — Puede ser malo, porque aunque la regla general es verdadera, y el fundamento del discurso bueno, la aplicacion es precipitada, y puede no ser buena. Si el caballero no hubiese advertido vuestra accion, ó por ser corto de vista, ó por ir distraido en cosa muy diversa, en ese caso os engañariais, porque ni era soberbio ni desatento, y de ese modo no le podriais aplicar la regla general que teniais establecida.

EUG. — Ahora advierto que de ese modo me habré engañado muchas veces.

TEOD. — Los ingenios vivos y prontos estan mas espuestos á eso, porque apenas tienen la regla general ó fundamento, como saben á qué fin se dirige esa regla, y todo su intento es sacar la conclusion, dan un brinco, y suprimiendo la aplicacion, pasan repentinamente á la consecuencia ; de donde nace que siendo á veces una falsedad, ó por lo menos una cosa muy dudosa, juzgan que es una cosa certísima. Por lo que, Eugenio mio, tomad este axioma :

*No nos contentemos con que el fundamento ó regla general sea verdadera, examinemos si está bien aplicada (proposicion ciento y dos).*

SILV. — Mucha paciencia necesita un hombre para llegar á ser buen lógico.

TEOD. — Amigo Silvio, nunca se acertó por la priesa en el discurrir, ni se erró por la detencion : no está el caso en juzgar de priesa, sino en juzgar acertadamente : ¿son erradas estas máximas?

SILV. — No : para mí son evidéntísimas.

TEOD. — Pregunto mas : ¿y son inútiles?

SILV. — Tampoco, si he de decir lo que siento.

EUG. — Pues siendo eso así no me canso de oirlas, Teodosio : quiero caminar despacio, y no quiero caer.

TEOD. — Vamos á la tercera clase de discursos malos por ser precipitada la consecuencia.

## § V.

*De los discursos viciosos por la precipitacion de la consecuencia.*

SILV. — Yo estoy en que casi todos los que son malos pecan en esto.

TEOD. — A veces ya viene el vicio de lejos : otras solo está en la mala consecuencia. El primer modo de pecar en esta materia que ahora me ocurre es inferir una regla general sin haber visto lo que es preciso para eso. Pongamos un ejemplo : quiere alguno persuadir que los cometas son anuncio de su-

cesos calamitosos, y alega que en el año de tantos apareció un cometa, y murió Julio Cesar: que en otro tal año á la aparicion de otro cometa se siguió la muerte de este ó de aquel príncipe: que en otro año á tal calamidad habia precedido un cometa: que en otro determinado año despues del cometa se habia encendido la guerra, é infiere así: *luego siempre que aparezca algun cometa debemos recelar calamidades.* Todas las proposiciones en que se funda este discurso son verdaderas; pero la consecuencia es mala y precipitada, porque para deducir por consecuencia la regla general es preciso que nunca falte; y para esto no basta el examen de cuatro ó cinco casos, pues por todos esos cometas á que se siguieron calamidades, se podrán alegar otros tantos mas á que no se siguió ninguna notable calamidad.

SILV. — En mi tiempo no: siempre han sido anuncios infaustos.

TEOD. — Ya en otra ocasion hemos examinado esa materia; y como los casos funestos se tienen mas presentes que los ordinarios, fácilmente os acordareis de las calamidades que se siguieron á los cometas, y se os habrán ido de la memoria aquellos á que no se siguieron.

EUG. — No nos embaracemos en lo que pertenece á la física.

TEOD. — Otro ejemplo pondré en materia diversa que pertenece aquí. A veces para sacar por consecuencia una regla general usamos de una disyuntiva; pero que no es bastante. Ayer caisteis vos en esta falta, y ahora os la quiero hacer ver para que os

sirva de cautela, porque las caidas propias enseñan mas que las ajenas. Habiéndoos faltado las cartas de vuestro hermano discurriais así: ó me faltan cartas por estar mi hermano enfermo, y debo entristecerme, ó porque no se acuerda de mí, y debo quejarme, ó porque me las sacan de la estafeta, y en esto se me hace injuria; *luego de cualquier modo que esto sea tengo razon de afligirme é inquietarme.*

EUG. — ¿Y qué no hallais bueno ese discurso?

TEOD. — No, porque para haber de sacar esa consecuencia general, y decir *de cualquier modo que fuese*, era preciso que los hubieseis espresado todos, y no habeis dicho mas que tres, siendo así que podian ser muchos mas los motivos de faltaros las cartas. Podia ser por estar vuestro hermano próximo á partir, y haber hecho cuenta de ser carta viva: podia ser por descuido del criado que habia de llevar las cartas al correo: podia ser por inadvertencia de quien hizo las listas en el correo: podia ser equivocacion de vuestro hermano, incluyéndolas en el pliego de Alentejo adonde suele escribir; pues por todas estas razones se me han atrasado á mí cartas; y ya desengañado de que no eran los motivos tan funestos como temia, escarmenté de ser profeta y agorero contra mí mismo.

EUG. — La verdad es que quien va á sacar una consecuencia, de cuya verdad está persuadido, no tiene paciencia para andar corriendo y examinando todos los rincones donde puede estar oculto el engaño ó falsedad, y sin detenerse da la sentencia ab-

soluta y general. Pero ya me precaveré de aquí adelante.

TEOD. — Poned pues en vuestra memoria este axioma : *nunca de casos particulares se infiere regla general, sino citándolos ó recorriéndolos todos* (proposicion ciento y tres). El modo mas facil de hacerlo es formando una disyuntiva de partes opuestas ; de suerte que cualquier caso si se exime de una parte no se libre de comprenderse en la otra, como si saliendo á desafio dijese yo entre mí : *ó mato á mi enemigo ó no : si le mato quedo perdido, si no le mato tambien soy perdido ; luego llegando á salir á desafio siempre soy perdido.*

SILV. — A este modo de argüir llaman en las aulas argumento *bicornes*, esto es, de dos cuernos ó puntas ; de suerte que ó en una ó en otra se clava el contrario. Pero no siempre se puede argüir de ese modo.

TEOD. — Ahora quiero suavizar un poco el rigor de esa ley. Cuando la consecuencia que pretendo sacar no es una regla general rigurosísima, sino solo una regla general moralmente hablando, entonces basta discurrir por una gran parte de individuos y casos particulares. Esto acontece cuando vemos que algun joven de buena índole, genio docil y tierna edad con las malas compañías se pervierte, porque tomando ocasion de ese caso y contando algunos mas que son bastante frecuentes, despues de referir cuatro ó cinco, sacamos esta consecuencia : *que todo mancebo de poca edad y genio docil, si tropieza con malas compañías, se corrompe.*

EUG. — Ese discurso es frecuentísimo, y siempre lo tuve por bueno.

TEOD. — Bueno es en realidad, porque nosotros en la consecuencia no pretendemos dar una regla general rigurosa, solo queremos decir que esto es lo que sucede comunmente.

SILV. — Cuando todos los casos particulares se fundan en la misma razon, hallo que basta menor número de sucesos para inferir por consecuencia la regla general, como se verifica en el presente argumento.

TEOD. — Decís bien, porque como la razon del genio, edad y mala compañía hacen una causa que inclina muy fuertemente á lo malo, no solo por la esperiencia de los casos particulares, sino tambien por la disposicion de las circunstancias, podemos conjeturar lo que sucederá en los demas casos de semejantes circunstancias. Pero cuando no hay razon que sea fundamento para la regla general, si él solamente se funda en casos particulares, es menester que estos sean muchos mas, de lo contrario pueden proceder de una casualidad, y entonces la regla general no sale verdadera.

SILV. — Eso sucede no pocas veces.

## § VI.

De los discursos malos por lo equívoco de las palabras.

TEOD. — Vamos á otra especie de sofismas mas

cavilosos y muy frecuentes, que son los que se fundan en equívoco de palabras. Vocablos hay que á veces significan cosas muy diversas; de manera que valiéndome yo de una misma palabra, ya la tomo por una cosa ya por otra, y de este modo vengo á vender dos cosas por una, y hacer un terrible engaño. Con un sofisma de estos me hicieron reir mucho cuando estudiaba en Coimbra, y el caso fue gracioso. Estábamos algunos estudiantes en conversacion, y uno antiguo habia tomado el empeño de persuadir á otro, que era novicio, que el buey del pesebre de Belen se habia salvado. Rehusó el nuevo darle crédito, y el antiguo, fingiendo grande impaciencia, se quejó de su incredulidad á otro que por casualidad entraba á la sazon. Este, que conoció el fin de la queja, mostrando gran desprecio del nuevo, preguntó con mucho magisterio: *¿y de dónde sino de ahí se originó el signo de Tauro? ¿Qué os reis? Pues lo mismo me sucedió á mí y á todo el congreso, no habiendo podido nadie contener la risa á vista de tal ocurrencia. El discurso tácito del tal estudiante era este: en el cielo hay tauro, tauro es buey; luego en el cielo hay buey.*

SILV. — Dadme vos ese discurso por bueno, que entonces, si ha de haber entrado algun buey en el cielo, está en primer lugar el buey del pesebre de Belen.

EUG. — Seguramente; pero decid, Teodosio, ¿dónde está el vicio de este discurso?

TEOD. — La palabra *Tauro* tiene dos significaciones; una de la constelacion del cielo, y otra del animal de la tierra: estas dos cosas son muy diver-

sas; pero el discurso las confunde como si fuesen una, y en la primera proposicion *Tauro* significa la constelacion, en la segunda significa el animal, y así lo equívoco de la palabra ocasiona la confusion. Por tanto, Eugenio, tomad este axioma: *nunca en el discurso se debe admitir palabra que allí tenga dos sentidos* (proposicion ciento y cuatro).

EUG. — Por lo gracioso del ejemplo me he de acordar siempre del axioma.

TEOD. — Todas las palabras dan lugar á equivocacion si hay malicia en quien las usa, porque ya se toman por sí mismas, ya por su significado; será ejemplo este discurso:

*Hombre no tiene p:*

*Pedro es hombre;*

*Luego Pedro no tiene p.*

Aquí hay falacia ó engaño, porque la palabra *hombre* en la mayor se toma por sí misma, y en la menor por su significado, y de aquí nace una gran confusion.

EUG. — ¿Pero qué he de responder á estos discursos, siendo verdadera cada proposicion de por sí, y pareciendo bien formados, y siendo con todo eso falsa la consecuencia?

TEOD. — En conociendo vos la siniestra intencion de quien así os quiere confundir, si la materia fuere de poca importancia, decidle que sí, y concordad con todo lo que os dijere. De este modo os burlais de él, así como él lo quiere ejecutar con vos, porque argumentos para niños no merecen respues-

tas de hombres serios. Pero otros sofismas se forman mas maliciosos y perjudiciales, porque son en materia de mucha entidad : su artificio consiste tambien en un engaño de palabras, y viene á ser, que con una misma palabra significamos una cosa ya tomada absolutamente, ya tomada en determinado estado y modo. Acordaos de lo que os tengo dicho acerca de los *concretos*, pues ahora tiene su lugar esa doctrina. Si yo dijere *arco*, con esta palabra puedo significar ó la vara que puede estar torcida, haciendo solamente reflexion sobre vara simplemente, ó puedo significar la vara determinadamente puesta en ese estado, esto es, haciendo reflexion tambien sobre el modo con que está. Estas cosas ambas se esplican por una misma palabra, teniendo realmente bastante diversidad; y siendo esto así no pueden dejar de originarse grandes engaños, si de una parte hubiere malicia y de la otra no hubiere cautela. Pongamos este ejemplo :

*El arco necesariamente es torcido.*

*Esta vara es arco;*

*Luego esta vara necesariamente es torcida.*

Aquí toda la malicia está en hacer que una misma palabra se tome en diversos sentidos; en la mayor la palabra *arco* se toma por una cosa que esencialmente consta de vara y curvatura, y en la menor se toma la misma palabra *arco* por la vara, que por casualidad suele estar torcida, y estas son cosas muy diversas.

EUG. — Bien me acuerdo de lo que me dijisteis

días pasados en un axioma que me disteis : *que de ningun modo tomase un mismo concreto en dos sentidos en un mismo discurso.*

TEOD. — Alabo vuestra memoria; y por conclusion de esta materia guardaos mucho de este gravísimo riesgo que va rebozado, y tomad este muy importante axioma : *nunca tomeis una palabra en dos sentidos en un mismo discurso*, porque siendo la palabra una misma parece que significa una misma cosa; y tomándose en dos sentidos, verdaderamente significa cosas diversas; con lo cual tenemos engaño, hallándonos con dos cosas por una sola, y de aquí provienen gravísimos errores. Apuntaré algunos, y doy la conferencia por acabada. Dice el impío libertino : *Jesucristo dice en el Evangelio que vino á salvar á los pecadores; yo pecando libremente soy pecador; luego pecando libremente he de salvarme.*

EUG. — Dios me libre de tal blasfemia. ¿Donde está ahí el vicio?

TEOD. — La palabra *pecador* puede tomarse por el *arrepentido* ó por el *obstinado*; la mayor es verdadera, hablando de los pecadores que quisieren arrepentirse; pero en la menor cuando el impío dice, *yo pecando libremente soy pecador*, la palabra *pecador* se entiende por el que está obstinado, y no piensa en arrepentirse; y bien veis que son cosas muy diversas *pecador* que quiere arrepentirse, y *pecador* muy contento de serlo. Semejante á este es otro pésimo sofisma que hacen los desesperados sobre las palabras de san Pablo : *San Pablo dice que*

*los pecadores no tienen herencia en el reino de Cristo : yo aunque mas me arrepienta no dejo de ser pecador ; luego no tengo herencia en el reino de Cristo.*

SILV. — Ved ahí la misma respuesta, si no me engaño.

TEOD. — Así es, en la mayor *pecador* se toma por los *obstinados*, en la menor por los *arrepentidos* ; y como la palabra es la misma en esto se forma el sofisma, tomándose dos cosas diversas como si fuesen una sola. Y si bien reflexionais, Eugenio, aquí vienen á parar la mayor parte de las cavilaciones, tomándose una misma cosa en diversos estados ó de diversos modos, y pareciendo una misma cuando en la realidad hace diversas figuras, y tiene diversos atributos. La doctrina que os dí hablando de las ideas os ayudará mucho para este punto : acordaos de ella y de los axiomas que teneis apuntados<sup>1</sup>.

EUG. — Yo los conservo todos para irme acordando con facilidad de toda vuestra doctrina, cuando por fragilidad de la memoria me suceda olvidarme de ella.

SILV. — Todavía no la he hallado mas feliz.

TEOD. — Siempre es ventajosa esa lista ó catálogo que habeis hecho de todos los axiomas ó dictámenes que os tengo dados, porque en cuatro minutos renovareis toda la instruccion que os voy dando sobre la lógica. Ahora descansemos de estos

<sup>1</sup> Véase la nota VIII al fin del tomo.

discursos, que ciertamente no son los mas amenos.

EUG. — Como sean los mas útiles, eso es lo que basta para que yo me emplee con gusto en ellos.

TEOD. — Vamos á jugar un poco, que es menester dar algun desahogo al entendimiento.

EUG. — Vamos.